

hace contribuir los mismos medios de que se vale el perverso para labrar su ventura. Queda de V. afectísimo
y S. S. Q. S. M. B.

J. B.



CARTA XX.



Mi estimado amigo : cada dia me voy convenciendo de que no está V. tan falto de lectura en materia de religion, como al principio me habia figurado : conozco que no es lectura lo que le falta, sino lectura buena ; pues que á cada paso se descubre, que ha tenido bastante cuidado de revolver los escritos de los protestantes é incrédulos, guardándose de echar una ojeada á las obras de los católicos, como si fuesen para V. libros prohibidos. Séame permitido observar, que una persona educada en la religion católica, y que la ha practicado durante su niñez y adolescencia, no podrá sincerarse en el tribunal de Dios del espíritu de parcialidad que tan claro se muestra en semejante conducta. Asegurar una y mil veces que se tiene ardiente deseo de abrazar la verdadera religion, tan pronto como se la descubra ; y sin embargo andar continuamente en busca de argumentos contra la católica, y abstenerse de leer las apologías en que se responde á todas las dificultades, son extremos que no se concilian fácilmente. Esta contradiccion no me coge de nuevo : porque hace largo tiempo estoy

profundamente convencido, de que los escépticos no poseen la imparcialidad de que se glorian; y de que, aun cuando se distinguan de los otros incrédulos, porque en vez de decir « esto es falso » dicen : « dudo que sea verdadero, » no obstante, abrigan en su ánimo algunas prevenciones, mas ó menos fuertes, que les hacen abortecer la religion, y desear que no sea verdadera.

El escéptico no siempre se da á sí propio exacta cuenta de esta disposicion de su ánimo; quizás se hará muchas veces la ilusion de que busca sinceramente la verdad; pero si se observan con atencion su conducta y sus palabras, se echa de ver que tiene por lo comun un gozo secreto en objetar dificultades, en referir hechos que lastimen á la religion; y por mas que se precie de templado y decoroso, no suele eximirse de dar á sus objeciones un tono apasionado, y frecuentemente sarcástico.

No quisiera que V. se ofendiese por estas observaciones; pero hablando con ingenuidad, tambien desearia que no se olvidase de tomarlas en cuenta. No perderá V. nada con examinarse á sí propio, y preguntarse : « ¿ es cierto que buscas sinceramente la verdad? ¿ es cierto que en las dificultades que objetas al catolicismo, no se mezcla nada de pasion? ¿ es cierto que no se te ha pegado nada de la aversion y odio que respiran contra la religion católica las obras que has leído? » Esto quisiera que V. se preguntase una y muchas veces, puesto que á mas de hacer un acto propio de un hombre sincero, allanaria no pocos obstáculos que impiden llegar al conocimiento de la verdad en materia de religion.

Me dirá V. que no puede menos de extrañar las observaciones que preceden, cuando en su polémica ha conservado mayor decoro de lo que suelen los que combaten la religion. No niego que las cartas de V. se dis-

tinguen por su moderacion y buen tono; y que, no profesando mis creencias, tiene V. bastante delicadeza para no herir la susceptibilidad de quien las profesa; sin embargo, no he dejado de notar, que no obstante sus buenas cualidades, no se exime V. completamente de la regla general; y que al disputar sobre la religion, adolece tambien del prurito de tomar las cosas por el aspecto que mas pueden lastimarla; y que con advertencia ó sin ella, procura V. eludir el contemplar los dogmas en su elevacion, en su magnífico conjunto, en su admirable armonia con todo cuanto hay de bello, de tierno, de grande, de sublime. Repetidas veces he tenido ocasion de observar esto mismo; y por ahora no veo que lleve camino de enmendarse. Así creo que me dispensará V. si no le exceptúo de la regla general, y le considero mas preocupado y apasionado de lo que V. se figura.

Precisamente, en la carta que acabo de recibir, esta triste verdad se me presenta de bulto, de una manera lastimosa. A pesar de las protestas, se está descubriendo en toda ella el dejo del fanatismo protestante y de la ligereza volteriana; y difícilmente podria creer que antes de escribirla no consultase V. alguno de los oráculos de la mal llamada reforma ó de la falsa filosofia. Por mas que hable V. con respeto de las *creencias populares*, y del encanto que experimenta al presenciar el fervor religioso de las *gentes sencillas*, se trasluce que V. contempla todo eso con un benigno desden, y que considera pagar bastante tributo á la sinceridad de los creyentes, con abstenerse de condenarlos á cara descubierta. Agradecemos la bondad; pero tenga V. entendido que las creencias y costumbres de esas *gentes sencillas* tienen mejor defensa de lo que V. se imagina; y que lejos de que el culto y la invocacion de los santos v la

veneracion de las reliquias y de las imágenes, hayan de ser el pábulo religioso de solas las gentes sencillas, pueden prestar materia á consideraciones de las mas alta filosofia, manifestándose que no sin razon se confundieron en este punto con los crédulos y los ignorantes, genios tan eminentes como san Gerónimo, san Agustin, san Bernardo, santo Tomás de Aquino, Bossuet y Leibnitz.

Al leer el nombre de este último, creerá V. que se me ha deslizado la pluma, y que lo he puesto por equivocacion. Leibnitz protestante ¿cómo es posible que defendiera en este punto las doctrinas y prácticas del catolicismo? Sin embargo, escrito está en sus obras que andan en manos de todo el mundo; y no tengo yo la culpa si el autor de la monadología y de la armonía prestabilita, el eminente metafísico, el insigne arqueólogo, el profundo naturalista, el incomparable matemático, el inventor del cálculo infinitesimal, se halla de acuerdo en este punto con las *gentes sencillas*, y es algo menos filósofo de lo que son tantos y tantos que no conocen mas historia que los compendios en dieziseisavo, ni mas filosofia que los rudimentos de las escuelas, mal aprendidos y peor recordados; ni mas geometría, que la definición de la línea recta y de la circunferencia.

Insensiblemente me he ido extendiendo en consideraciones generales, y el preámbulo de la carta se ha hecho demasiado largo, aunque estoy muy lejos de creerle inoportuno. Conviene ciertamente discutir con templanza, pero esta no debe llevarse hasta tal punto que se olvide el interés de la verdad. Si alguna vez es necesario advertir á Vds. el espíritu de parcialidad con que proceden, es preciso hacerlo; y si otras veces puede interesar el observarles que discuten sin haber estudia-

do y combaten lo que ignoran, es preciso no escrupulizar en ello.

El culto de los santos le parece á V. poco razonable; y hasta lo juzga poco conforme á la sublimidad de la religion cristiana, que nos da tan grandes ideas de Dios y del hombre. ¿Porqué se opone á estas grandes ideas, el culto de los santos? Porque « parece que el hombre se humilla demasiado, tributando á la criatura obsequios que solo son debidos á Dios. » Desde luego se echa de ver que se halla V. imbuido de las objeciones de los protestantes, mil veces soltadas, y mil veces repetidas. Aclaremos las ideas.

El culto que se tributa á Dios, es en reconocimiento del supremo dominio que tiene sobre todas las cosas, como su criador, ordenador y conservador; es en expresion de la gratitud que la criatura debe al Criador por los beneficios recibidos, y de la sumision, acatamiento y obediencia á que le está obligada, en el ejercicio del entendimiento, de la voluntad y de todas sus facultades. El culto externo es la expresion del interno; es ademas un explícito reconocimiento de que lo debemos todos á Dios, no solo el espíritu sino tambien el cuerpo; y que le ofrecemos no solo sus dones espirituales, sino tambien los corporales. Es evidente que el culto interno y externo de que acabo de hablar, es propio de Dios exclusivamente: á ninguna criatura se le pueden rendir los homenajes que son debidos únicamente á Dios: lo contrario seria caer en la idolatría; vicio condenado por la razon natural, y por la Sagrada Escritura, mucho antes de que le condenase el celo filosófico.

Pocas acusaciones habrá mas injustas, y que se hayan hecho mas de mala fé, que la que se dirige contra los católicos, culpándolos de idolatría por su dogma y prácticas en el culto de los santos. Basta abrir, no diré las

obras de los teólogos, sino el mas pequeño de los catequismos, para convencerse de que semejante acusacion es altamente calumniosa. Jamás, en ningun escrito católico, se ha confundido el culto de los santos con el de Dios : quien cayese en tamaño error, seria desde luego condenado por la Iglesia.

El culto que se tributa á los santos es un homenaje rendido á sus eminentes virtudes; pero estas son reconocidas expresamente como dones de Dios; honrando á los santos, honramos al que los ha santificado. De esta manera, aunque el objeto inmediato sean los santos, el último fin de este culto es el mismo Dios. En la santidad que veneramos en el hombre, veneramos un reflejo de la santidad infinita. Estas no son explicaciones arbitrarias, ni excogitadas á propósito para deshacermos de la dificultad : abra V. por donde quiera las *vidas* de los santos, las colecciones de panegíricos; oiga V. á nuestros oradores, á nuestros catequistas; en todas partes encontrará la misma doctrina que acabo de exponer. Otra observacion. La Iglesia ora en las fiestas de los santos : ¿y á quién dirige la oracion? Al mismo Dios. Note V. el principio de las oraciones : *Deus qui—Omnipotens sempiterna Deus—Presta quæsumus Omnipotens Deus, etc. etc.*, lo mismo sucede en el final, el que siempre se refiere á una de las personas de la santísima Trinidad, ó á dos, ó á las tres como se está oyendo continuamente en nuestras iglesias.

No concibo qué es lo que se puede contestar á razones tan decisivas; y así no debo temer que continúe V. culpándonos de idolatría : aclaradas de este modo las ideas, es imposible insistir en la acusacion, si se procede de buena fé.

Voy pues á considerar la cuestion bajo otros aspectos, y en particular con relacion á la pretendida discordancia

entre el culto de los santos y la sublimidad de las ideas cristianas sobre Dios y el hombre. La religion, al darnos ideas grandes sobre el hombre, no destruye la naturaleza humana; si esto hiciese, sus ideas no serian grandes, sino falsas.

Es un dicho comun entre los teólogos, que la gracia no destruye á la naturaleza; sino que la eleva, la perfecciona. La verdadera revelacion no puede estar en contradiccion con los principios constitutivos de la naturaleza humana. De esto resulta que la sublimidad de las ideas que la religion nos da sobre el hombre, no se oponen á las condiciones naturales de nuestro ser, aunque estas sean pequeñas. Nuestro grandor consiste en la altura de nuestro origen, en la inmensidad de nuestro destino, en las perfecciones intelectuales y morales que debemos á la bondad del Autor de la naturaleza y de la gracia, y en el conjunto de medios que nos proporciona para alcanzar el fin á que nos tiene destinados. Pero este grandor no quita que nuestro espíritu esté unido á un cuerpo; que á mas de ser inteligentes, seamos tambien sensibles; que al lado de la voluntad intelectual se hallen los sentimientos y las pasiones; y que por consiguiente, en nuestro pensar, en nuestro querer, en nuestro obrar, estemos sometidos á ciertas leyes de las que no puede prescindir nuestra naturaleza. Seria de desear que no perdiese V. de vista estas observaciones, que sirven mucho para no confundirlas ideas, y no emplear las palabras de sublimidad y grandor en un sentido vago, que puede dar ocasion á graves equivocaciones, segun el objeto á que se las aplica.

Ya que la oportunidad se brinda, séame permitido observar, que las ideas de grande y de infinito se hacen servir para arruinar las relaciones del hombre con Dios. ¿Cómo es posible, se dice, que un ser infinito se ocupe

de un ser tan pequeño como somos nosotros? Y no se advierte que el mismo argumento podría servir á quien se empeñase en sostener que no hay creacion, diciendo: ¿cómo es posible que un ser infinito se haya ocupado en crear seres tan pequeños? Todo esto es altamente sofístico: las ideas de finito y de infinito, lejos de destruirse la una á la otra, se explican reciprocamente.

La existencia de lo finito prueba la existencia de lo infinito; y en la idea de lo infinito se encuentra la razon suficiente de la posibilidad de lo finito y la causa de su existencia. La relacion de lo finito con lo infinito constituye la unidad de la armonía del universo: en quebrantándose este lazo, todo se confunde; el universo es un caos.

Aclaradas las ideas sobre la verdadera acepcion de las palabras grande y sublime, cuando se las refiere á la naturaleza humana, examinemos si se opone á la sublimidad de las doctrinas cristianas el dogma del culto de los santos.

Una cosa buena, aunque sea finita, podemos quererla; una cosa respetable, podemos respetarla; una cosa venerable, podemos venerarla; sin que por esto nos resulte ninguna humillacion indigna de nuestra *sublimidad*. Ahora permítame V. que le pregunte; si una virtud eminente, es una cosa buena, respetable y venerable: y si así, como no cabe duda, creo que no habrá ningun inconveniente en que los cristianos rindan un tributo de amor, de respeto y de veneracion, á los hombres que se han distinguido por sus eminentes virtudes. Esta observacion podría bastar para justificar el culto de los santos; pero no quiero limitarme á ella, porque la cuestion es susceptible de harto mayor amplitud.

Mientras vive el hombre sobre la tierra, sujeto á todas

las flaquezas, miserias y peligros que afligen á los hijos de Adan en este valle de lágrimas, nadie por perfecto que sea, puede estar seguro de no extraviarse del camino de la virtud: la experiencia de todos los dias nos da un triste testimonio de las debilidades humanas. Y hé aquí una de las razones porque el amor, el respeto y la veneracion que nos merece el hombre virtuoso, aun mientras vive sobre la tierra, se le tributan con cierto temor, con alguna incertidumbre, aplicando á este caso el sapientísimo consejo de no alabar al hombre antes de la muerte. Pero cuando el justo ha pasado á mejor vida, y sus virtudes probadas como el oro en el crisol han sido aceptas á la santidad infinita, y tiene asegurado para siempre el precioso galardón que con ellas ha merecido, entonces el amor, el respeto y la veneracion que se deben á sus virtudes, pueden explayarse sin peligro; y hé aquí el motivo del culto afectuoso, tierno, lleno de confianza y de profunda veneracion, que rinden los cristianos á los justos que por sus altos merecimientos ocupan un lugar distinguido en las mansiones de la gloria.

No alcanzo, mi apreciado amigo, cómo puede haber falta de dignidad en un acto tan conforme á la razon, y aun á los sentimientos mas naturales del corazón humano; al mostrárenos una persona de gran virtud, la miramos con respetuosa curiosidad, y le dirigimos la palabra con veneracion y acatamiento: ¿y no podrán hacer una cosa semejante los pueblos cristianos, tratándose de hombres que á mas de sus eminentes virtudes, están íntimamente unidos con Dios en la eterna bienaventuranza? La virtud imperfecta será digna de veneracion, ¿y no lo será la perfecta, la que está ya premiada con una elicidad inefable? Quien honra á un hombre virtuoso lejos de humillarse se ensalza, se honra á sí mismo; y esto que es verdad con respecto á los hombres de la tierra, ¿no

lo será de los hombres del cielo? Un poco mas de lógica, mi apreciado amigo, que la contradicción es sobrado manifiesta: las *gentes sencillas* de que V. habla con *benignidad y compasion*, tienen en este punto mucha mas filosofía que V.

Hablando ingenuamente, no podia imaginarme que fuera V. tan delicado que no pudiese sufrir la muchedumbre de imágenes y estatuas de santos de que están llenas las iglesias de los católicos. Creia yo, que si no el interés de la religion, al menos el *amor del arte*, le habia de hacer á V. menos susceptible. Es cosa notada generalmente, tanto por los creyentes como por los incrédulos, la diferencia que va de la frialdad y desnudez de los templos protestantes al esplendor, á la vida de las iglesias católicas; y precisamente, una de las causas de esta diferencia se halla en que el arte inspirado por el catolicismo, ha derramado á manos llenas sus obras admirables en que ofrece á la vista y á la imaginacion los mas elevados misterios, y perpetúa con sus prodigios la memoria de las virtudes de nuestros santos, las inefables comunicaciones con que elevándose hasta Dios, presentian en esta vida la felicidad de la venidera.

Quiero ser indulgente con V.; quiero atribuir la dificultad que me propone á una distraccion, á un pensamiento poco meditado; sin esta indulgencia, me veria precisado á decirle á V. una verdad muy dura: que no tiene gusto, que no tiene corazon, si no ha percibido la belleza de que abunda en este punto la religion católica.

Extraño es que al combatir las costumbres del catolicismo con respecto á las imágenes de los santos, no haya advertido V. que se ponía en contradicción con uno de los sentimientos mas naturales del corazon humano. ¿Cómo es posible que no haya V. descubierto aquí la mano de la religion, elevando, purificando, dirigiendo á un

objeto provechoso y augusto, un sentimiento general á todos los paises, á todos los tiempos? ¿Conoce V. algun pueblo que no haya procurado perpetuar la memoria de sus hombres ilustres con imágenes, estatuas y otra clase de monumentos? ¿Y hay nada mas ilustre que la virtud en grado eminente, cual la tuvieron los santos? ¿Muchos de estos no fueron por ventura grandes bienhechores de la humanidad? ¿Se atreverá V. á sostener que sea mas digna de perpetuarse la memoria de los conquistadores que han inundado la tierra de sangre, que la de los héroes que han sacrificado su fortuna, su reposo, su vida en bien de sus semejantes, y nos han transmitido su espíritu en instituciones que son el alivio y el consuelo de toda clase de infortunios? ¿Verá V. con mas placer la imagen de un guerrero que se ha cubierto de laureles, con harta frecuencia manchados con negros crímenes, que la de san *Vicente de Paul*, amparo y consuelo de todos los desgraciados mientras habitó sobre la tierra, y que vive aun y se le encuentra en todos los hospitales, junto al lecho de los enfermos, en sus admirables hijas las *hermanas de la caridad*?

Me dirá V. que no todos los santos han hecho lo que san *Vicente de Paul*, es cierto; pero no puede V. negarme que son innumerables los que no se han limitado á la contemplacion. Unos instruyen al ignorante buscándole en las ciudades y en los campos; otros se sepultan en los hospitales consolando, sirviendo con inagotable caridad al enfermo desvalido; otros reparten sus riquezas entre los pobres, y se encargan en seguida de interesar á todos los corazones benéficos en el socorro del infortunio; otros arrostran el albergue de la corrupcion, con el ardiente deseo de mejorar las costumbres de seres envilecidos y degradados; en fin, apenas hallará V. un santo en el cual no se vea un manantial de luz, de

virtud, de amor, que se derramaba en todas direcciones, y á grandes distancias, en bien de sus semejantes. ¿Qué encuentra V. de poco racional, de poco digno, en perpetuar la memoria de acciones tan nobles, tan grandes y provechosas? ¿no han hecho lo mismo, cada cual á su manera, todos los pueblos de todos los tiempos y países? ¿le parece á V. que en esta obra se hallen mal empleados los prodigios del arte?

Quiero suponer que se trate de una vida deslizada suavemente en medio de la contemplacion, en la soledad del desierto ó en la práctica de modestas virtudes en la oscuridad del hogar doméstico; aun en este caso, no hay ningun inconveniente en que el arte se consagre á perpetuarlas en la memoria. ¿No vemos á cada paso cuadros profanos descriptivos de una escena de familia, ó que nos recuerdan una buena accion que nada tiene de heroica? La virtud, sea cual fuere, hasta en su grado mas infimo, ¿no es bella, no es atractiva, no es un objeto digno de ser presentado á la contemplacion de los hombres? Pero advierta V. que las virtudes comunes no son objeto de culto entre los católicos; para que se les tribute este homenaje de pública veneracion, es necesario que sean en grado heroico, y que ademas reciban la sancion de la autoridad de la Iglesia.

Abandono con entera confianza estas reflexiones al buen juicio de V., y abrigo la firme esperanza, de que contribuirán á disipar sus preocupaciones, llamándole la atencion hácia puntos de vista en que V. no habia reparado. Siendo V. ardiente entusiasta de lo filosófico y bello, no podrá menos de admirar la filosofía y belleza del dogma católico en el culto de los santos. De V. afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA XXI.

Mi estimado amigo : me alegro que la carta anterior no le haya producido á V. una impresion desfavorable; y que no se niegue á reconocer la belleza y la filosofia que se encierran en el dogma católico, « presentado bajo este punto de vista. » No quiero sin embargo, que se atribuya al modo de presentar la cosa, lo que solo pertenece á la cosa misma. Para tomar este punto de vista que á V. le agrada, no he necesitado salir de la realidad, sino mostrar los objetos tales como eran; indicando las consideraciones á que brindaban las mismas dificultades que se me habian propuesto.

Se inclina V. á creer que para deshacerme de mi adversario, he procurado atacarle por el flanco mas débil; pero que he evitado el presentar el dogma en todo su conjunto. Ya no es V. enemigo de las imágenes de los santos en las iglesias, lo que quiere decir que ha dejado V. de ser iconoclasta. Ahora se ha refugiado en otra trinchera, y dice que, si bien no le parece mal que se perpetúe la memoria de las virtudes de los santos en